

El General Gaspar Polanco

Por el Dr. ALCIDES GARCIA LLUBERES

Más vale un trabajo grosero que narre una historia o recuerde un hecho, que una obra, por rica que sea, sin significación.

JOHN RUSKIN

Una enmienda justiciera.

En el Núm. 92, correspondiente a Enero-Abril de 1952, de la revista *Clío*, en el trabajo intitulado *Miscelánea Histórica*, se lee el siguiente párrafo: "Lanzado en la vía opuesta (Buenaventura Báez) habría conseguido su objeto: mandar en su patria. El gobierno de Polanco pensó en él. Un documento llamándole estuvo escrito y preparado etc.". Como lo habrán advertido los avisados lectores, tan varios informes los tomaba el historiador García de la tradición, según ésta tenía a bien suministrárselos, a reserva de determinar después su exactitud o su falsedad. Y lo aseverado en el pasaje transcrito no fué cierto. El Presidente Provisional de la República, durante la Era de la Restauración, que quiso poner por obra el descabellado pensamiento de llamar a Báez, fué José Antonio Salcedo: primero, como soldado de septiembre de 1863, y luego, como Primer Magistrado de la Nación. He aquí las pruebas irrefragables: "Salcedo, que seguía la tropa de lejos con algunos que le acompañaban, cuando supo que Luperón había vuelto para Santiago, llegó esa misma noche a los Chachases y tuvo la osadía de proponer a Luperón que mandaran a buscar a Buenaventura Báez, que a la sazón se encontraba en Europa, disfrutando de su título de Mariscal de Campo español (todavía Báez no se había ceñido la faja correspondiente a este grado militar; pero todos sabían, desde el primer semestre de 1861, que estaba dispuesto a hacerlo). La negativa fué tan enérgica como violenta, y desde entonces Salcedo empezó a tramar la ruina de Luperón, en el cual reconocía un obstáculo para sus maquinaciones por demás aventureras". (Gral. Gregorio Luperón, *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas*, tomo I, pág. 147). "Concibióse por aquellos días angustiosos en que la incertidumbre y la esperanza luchaban tenazmente, concibióse digo el proyecto de enviar cerca de Báez una persona que le invitase a lanzarse en las filas restauradoras; tenía este pensamiento el doble objeto de arrebatar a las filas españolas los muchos adeptos de Báez que figuraban en ellas y utilizar el nombre y la cabeza (por sugestión de esa testa o inteligencia fué Rodríguez Objío baecista ardoroso, in-

condicional y predicador desde el 28 de octubre de 1865 hasta el 27 de Febrero, por lo menos, de 1866) de un personaje que aún se suponía hábil en el manejo de la política (sic). El Presidente Salcedo tomó participación en el proyecto enunciado y a mí se me encomendó la redacción de un escrito en que se le llamase". (Manuel Rodríguez Objío, *Relaciones*, pág. 68).

Por el contrario, véase ahora cuál era la salubre orientación nacionalista del estrenuo Gobierno de Polanco. Dice Luperón, en la pág. 258 de su ya citada obra, T. 1: "El advenimiento del General Gaspar Polanco al poder, fué un suceso, sin la menor duda, de la mayor importancia, porque fué un golpe mortal para los reaccionarios, que desde algún tiempo trabajaban con la mayor actividad para fomentar la reacción, y mucho más terrible para los españoles que, contando con aquella, lo consideraban como un gran desastre, y en realidad lo era para las secretas combinaciones de los dominadores". Manuel Rodríguez Objío, en las págs. 81, 82, 84 y 119 de *Relaciones*, escribe también: "La Dictadura Polanco a que tuve la honra de pertenecer; duró en funciones noventa y ocho días.

"Polanco, audaz, enérgico hasta la tiranía, activo, intransigente, era la espada revolucionaria que amenazaba sin cesar a los traidores y contenía en sus límites al enemigo; dispuesta siempre a ejecutar las patrióticas resoluciones de sus cólegas.

"Sin embargo de lo expuesto; y aún cuando el Provisorio ninguna participación tuvo en aquel crimen (la muerte de Salcedo; pero Jove Barriento y Pedro Guillermo desautorizan a Manuel Rodríguez Objío para hacer cargos de esta naturaleza), debemos decir que él contribuyó en mucho a restablecer el principio nacional, y que por un medio iniquo se obtuvo un resultado beneficioso. Al sucumbir Salcedo bajo el cuchillo de la sospecha, los verdaderos culpables temblaron en su retiro, y las intrigas reaccionarias desmayaron hasta dejar el campo libre a los patriotas etc.



“...aquella inmolación (la de Salcedo) cerró para siempre la serie de complot reaccionarios que tanto habían detenido en su marcha la Revolución Restauradora”.

El Gral. Rafael R. Rodríguez, en carta fechada en Dajabón el 19 de noviembre de 1923 y que publicó Pedro Archambault en las págs. 243, 244 y 245 de *Historia de la Restauración*, asevera: “... y opinó (J. A. Salcedo) que llamasen a Buenaventura Báez, que era hombre de Gobierno.

“Hay que decirlo todo: el gran pecado de *Peppillo* fué pronunciar el nombre de Báez entre los hombres del 7 de julio, el segundo pecado fué corregir a Pimentel y el tercero haberle salvado la vida a don Ambrosio García (baecista —padre de Federico García— cogido en flagrante delito de conspiración en favor de España, dentro del territorio ocupado por los restauradores) a quien un consejo de guerra había condenado a muerte”. A Manuel Altagracia Cáceres, preso en aquellos días por parecida causa, tampoco dejó Salcedo que lo fusilaran y lo hizo oficial de su Estado Mayor. Por todo esto fué por lo que dijo Luperón en las págs. 228 y 229 del tomo I de sus varias veces mencionada obra: “Era proverbial la creencia en todos los campamentos, de que la mayor parte de los que andaban con el Presidente (Salcedo) eran españolizados y espiones de los españoles, y, el Presidente no lo ignoraba; pero no se inquietaba por ello. Así es que cuando llegaba a un cantón, la tropa principiaba con la mayor presteza a preparar sus mochilas, liando todos sus cachivaches, porque esperaba muy pronto la derrota”. Y nosotros agregamos serenamente, y en virtud del más profundo convencimiento: la generosidad de José Antonio Salcedo para con los españoles, y sus secuaces los españolizados, obedecía a la labor solapada que realizaba en Europa su idolatrado caudillo de todos los tiempos, Buenaventura Báez, tendente a trocar la faja de Mariscal de Campo español, que ya se había ceñido, por la de Excmo. Sr. Capitán General de la Colonia de la parte este de nuestra isla, y Salcedo no quería hacer nada que pudiera malquistarlo con Báez y sus nuevos aliados extranjeros, los eternos torpes y equivocados compatriotas del antiguo Cónsul de Su Majestad Católica doña Isabel II entre nosotros, el pernicioso Antonio María de Segovia e Izquierdo... ¿Cómo se explica que Salcedo no fuera echado violentamente del escenario restaurador, y que no se le impidiera llegar al Poder, después que hizo su primera manifestación de antinacionalismo o baecismo ante Luperón? Porque éste pesaba todavía poco en los comienzos de la revolución, y José Antonio Salcedo, y Santiago Rodríguez, y Francisco Antonio Gómez, y Benito Monción,

y Juan de Jesús Salcedo, y Federico de Jesús García, y Juan Antonio Polanco (Gaspar era superior a éste por todos conceptos), y Núñez, y Crespo, y Campo, y Sosa etc. eran individuos influyentes en las nuevas circunstancias, y veían con agrado ascender a Salcedo, y hasta le prestaban apoyo. Si Báez hubiera logrado su propósito de substituir a Santana en la Capitanía General de la Colonia, cosa que procuró tenaz y febrilmente, todos estos baecistas incondicionales disfrazados de próceres restauradores, se hubieran pasado con armas y bagajes para las sórdidas filas anexionistas de 1861, como no tuvieron inconvenientes después en alistarse en las más espurias todavía de 1870. Confirmaremos nuestra hipótesis, o mejor dicho, nuestro aserto, con palabras del propio *héroe restaurador* (sic) Juan de Jesús Salcedo. Juan de Jesús era otro falsario del mismo apellido que José Antonio, y al igual de éste, estaba completamente reñido en la Restauración con el nacionalismo de buena ley. Ningún Salcedo ha sido nunca patriota integérrimo. Francisco Antonio Salcedo (Tito), —el que venció en Beler a los haitianos, asesorado decisivamente por el culto paladín de la Batalla del 30 de Marzo, José María Imbert—, y quien venía siempre a la Capital acompañado de su hijo Juan de Jesús y de un simbólico paraguas rojo, estuvo también en 1870 con la Anexión a los Estados Unidos. Pedro Salcedo (*Perico*) era el peor de todos: Luperón lo califica de “turbulento, arbitrario, desobediente y bandido”. Copiamos los párrafos de Juan de Jesús Salcedo a que nos hemos referido, los cuales los transcribimos de su proclama *A los Habitantes de la Línea N. O.*, fechada en Guayubín el 2 de julio de 1870: “Creéis vosotros que yo, que hombres como los Generales Monción (Benito), Gómez, Campo, Polanco (Juan Antonio), Núñez, Crespo, Sosa, García (Federico de Jesús) y demás que me rodean, que tanto luchamos en la guerra de la Restauración, hubiéramos solicitado la protección poderosa de los Americanos, si eso fuera lo que dicen Pimentel, Cabral y sus perversos compañeros? No lo creáis: hemos, de acuerdo con nuestros demás hermanos, solicitado esa negociación, porque estamos penetrados hasta lo más íntimo de nuestros corazones, que con ella aseguramos nuestra libertad, paz, orden, progreso y civilización etc.

“Me refiero a nuestra incorporación a los Estados Unidos, a esa Gran República, modelo de libertad y civilización”. (*Boletín Oficial* — Periódico del Gobierno Dominicano — Santo Domingo 16 de Julio de 1870, No. 125). De aquí, que al traslucir algo de esto, dijera el perspicaz General La Gándara en la pág. 354 del tomo I de su antedicha obra: “No puede encarecerse bastante el lujo de ferocidad desplegado por los



insurrectos, ni se explica bien estallido tan rápido y unánime, aún llevando a los últimos límites de la exageración nuestros propios errores, al ponernos voluntariamente de blanco a todos los odios que inspiraba el partido santanista, antes y en el momento de la anexión, y después de ésta al aumentar con los desengañados el partido de los descontentos”.

Gaspar Polanco es la primera espada de la Guerra Restauradora.

Además, en nuestro humilde parecer, Gaspar Polanco y Borbón es la primera espada de nuestra asombrosa Guerra Restauradora. De los hechos de armas más señalados y heroicos de ésta, ninguno se halla desligado de la tremenda efectividad de su tizona. Y ni José de la Gándara y Navarro pudo empañar el brillo de su hoja, de tan hazañosa historia, al decir que con ella había abatido Polanco sin piedad en los campos de *La Peñuela*, de un tajo fabuloso, al adoniado y arrogante capitán de la artillería hispana Ramón Alverola, travieso oficial a quien le gustaba pasarse de raya a diestro y a siniestro, hasta el punto de haber cubierto de oprobio a un antiguo Ministro de Santana, porque lo hizo cornudo (la pagó y bien el imprudente anexionista), del modo más escandaloso, en una conocida casa de la céntrica calle de platería de esta ciudad. El valiente ibero Ramón Alverola cayó en *La Peñuela* de la misma manera que en San Pedro el heroico quisqueyano Florencio Hernández, a quien le partió el cráneo el filo tajador del sable de ordenanza del General Antonio Abad Alfau y Bustamante: por haberse arriesgado ambos a hacer armas contra un implacable y ensoberbecido vencedor.

Hechos de armas del General Polanco.

El General Polanco traba con los españoles encarnadísimo combate en el desde entonces eternamente célebre Barrancón de Guayacanes.

He aquí los combates más notables empeñados por el General Gaspar Polanco en la guerra restauradora, que fueron a la vez los más sobresalientes de toda aquella cruenta y magna lucha.

La reñidísima acción del Barrancón de Guayacanes (así le llama a este combate el capitán historiógrafo español Ramón González Tablas). La epopeya Restauradora pasó del período de las escaramuzas o de guerra galana, al de guerra abierta o propiamente dicha, en ese memorable sitio y encuentro: el paso de los insurrectos, ya numerosos y organizados, en su marcha sobre Santiago, quedó allí y entonces definitivamente franqueado. Pedro Archambault, en su asaz

errónea *Historia de la Restauración*, se equivoca una vez más al hablar del sangriento combate de Guayacanes. Dice en la pág. 82: “Animados pues los valientes de Monción y Pimentel por el rechazo de los ataques y chispeando la bravura de aquellos macheteros una voz de jefe gritó: “¡Al machete! ¡A los cañones!”. Y en la foja 83 agrega: “Los tambores redoblaron con furia inusitada, las cornetas gritaban las iras españolas y en tanto, *Monción, el sol flamígero de ese día*, aguardaba con su epónimo machete ver estrellarse de nuevo la soberbia hispana”. Pero el propio General Benito, en su relación histórica *De Capotillo a Santiago*, desmiente a Archambault al declarar que sí brilló en tan memorable ocasión, como sol al fin; pero que fué por su ausencia. Relata el viejo soldado de Capotillo en la pág. 12 de su socorrida narración: “De allí se volvieron para la “Peñuela”, en donde se incorporó por primera vez a la Revolución, el jeneral Gaspar Polanco.

“Todos se dirigieron a Guayacanes, en cuyo lugar había hecho alto nuestra infantería.

“El 19 en la noche fué atacado ese cantón por fuerzas salidas de Santiago en auxilio de Buceta. Tuvimos ocho muertos y algunos heridos. Retiróse la columna española en la madrugada del 20 (el ataque fué el 22 y la retirada el 23 temprano), y nuestras fuerzas avanzaron detrás el mismo día etc.”. Y en la pág. 13 añade: “El día 18, en que fuí trasladado herido de Guayacanes a Guayubín etc..... Permanecí como ocho días curándome en Guayubín etc.”. Así es que la historia desapasionada, y que se cimienta en testimonios fidedignos, le anota la gloria de esa enconada refriega, “uno de los hechos de guerra más reñidos, acaso el más distinguido combate de aquella campaña”, como dice el General La Gándara, al Generalísimo de las tropas restauradoras Gaspar Polanco.

El historiógrafo cibaeno Manuel Ubaldo Gómez, mucho mejor informado que Archambault, lo reconoce justicieramente en el párrafo 293 del tomo II de su *Resumen de la Historia de Santo Domingo*. Lee-mos en dicho párrafo: “Esta circunstancia precisó al comandante García (Florentino) a volver en el acto para Santiago, teniendo que sostener *un fuerte combate en la Barranquita de Guayacanes con las fuerzas de Gaspar Polanco*, que desde el 20 se había unido a los revolucionarios en Esperanza, y que por ser el único general de la antigua República que hasta entonces se encontraba en sus filas había sido designado Gefe Superior”. Tanto el General La Gándara, como el Capitán González Tablas, en sus respecti-



vas obras históricas, participan de esta misma opinión respecto de cuál fué el General dominicano que encabezó nuestras tropas en el combate de Guayacanes. Escribe La Gándara en la pág. 330 del tomo I de su *Anexión y Guerra de Santo Domingo*: "A las pocas horas tuvo el sanguinario cabecilla (Gaspar Polanco) noticias de la columna que iba sobre Guayacanes, y le fué preciso salir a la carrera a reunir los grupos dispersos por la persecución de aquellos días, y a reconcentrar un cuerpo de tropas numerosas que fuera capaz de acometer a un destacamento español de 280 infantes de Vitoria, 50 caballos de cazadores de Africa y dos piezas de montaña, que componían la columna que el gobernador de Santiago hizo salir en auxilio de Buceta a las órdenes del comandante del escuadrón de Africa D. Florentino Martínez (García) en la mañana del 20".

El General Polanco derrota a los hispanos en la Sabana de Santiago, habiéndose apoderado de su artillería; ocupa luego la plaza y hace salir de ésta al acosado enemigo en medio del más espantoso incendio y de los combates más fieros.

Sigue después el asalto y ocupación de Santiago de los Caballeros: el hecho culminante de aquella serie de acontecimientos gigantes. ¿Y quién acudirá a los dominicanos en tan singular función de armas?: ¡el General Gaspar Polanco y Borbón también! Dice Benito Monción en la pág. 18 de *De Capotillo a Santiago*, "que el mando de la Revolución, dividido al principio entre los jefes principales, se unificó en el general Gaspar Polanco, quien lo ejerció hasta la formación del Gobierno Provisorio etc." Y Luperón asienta igualmente en la pág. 131 de sus *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas*: "...y luego formó un consejo de los principales hombres del movimiento, compuesto de los generales Gaspar Polanco, Gregorio Lora, Ignacio Reyes, Luperón y los coroneles Benito Monción, José Antonio Salcedo y Pedro Antonio Pimentel, conviniéndose entre todos, dar el mando en jefe de las operaciones al General Gaspar Polanco, porque era el único General de la anterior República" (grado que el bravo liniero se ganó peleando heroicamente contra los haitianos). Pero por encima de estos dos testimonios personales, por elevados que sean, está el fehaciente documento oficial dominicano que publica el General la Gándara en las págs. 369, 370 y 371 de su historia *Anexión y Guerra de Santo Domingo*, y en el cual los sitiadores de Santiago les dictaban a los asediados españoles las condiciones en que debían entregar sus armas, al salir por el albañal, de entre las cenizas y escom-

bro de la caballerisca ciudad sacrificada. He aquí tan imperecedero documento: "Dios, Patria y Libertad (las palabras sacramentales con que se reconocían los trinitarios de Duarte, quien no tardaría en llegar a la sagrada cita en ese antiguo teatro de su aclamación y de su viacrucis). República Dominicana.— Gaspar Polanco, general en jefe de los ejércitos en operaciones de la República Dominicana, y los generales, jefes y oficiales que le acompañan, estando reunidos en el cuartel general, a donde ha llegado el reverendo cura Sr. D. Francisco Charboneau, enviado ante nosotros por el brigadier Sr. D. Manuel Buceta, tan deseosos como V. S. de no ver más derramar sangre, compadeciéndonos como cristianos de la posición de tantos heridos... y también de la lamentable suerte de las familias que se hallan regadas en el campo; en consecuencia de la comunicación arriba mencionada, decimos a V. S. que deben primeramente deponer las armas, y, cumplida esta indispensable cláusula, le aseguraremos el camino a V. S., a sus tropas y a todos los que quieran acompañarles hasta el puerto de mar que más abajo le señalaremos... dejando a su responsabilidad personal cualquier desorden que pudieran cometer sus acompañados...

Queda entendido:

1º— Que las armas se nos entregarán vacías en esta plaza de armas, frente a la iglesia, y los pertrechos.

2º— Todos los billetes dominicanos de 40 y de 20 pesos que se cambiaron por billetes españoles, se nos entregarán en la misma forma que se encuentran depositados en la Administración.

3º— Tan pronto como se efectúe la "ractificación" (sic) de la presente transacción, ambas partes devolverán todos los prisioneros que estén en poder de unos y otros.

4º— El puerto de mar que señalamos a V. S. es el de Montecristi; y para que llegue a este puerto sin atropellar a sus heridos, le concedemos el plazo de seis días, término en que debe arribar a Montecristi, u ocho días más a contar desde la hora en que se entreguen las armas, las cuales se nos entregarán durante cuatro horas luego de recibida la presente.

Esperamos su contestación lo más pronto posible, durante una hora lo más. Deseamos felicidad. El General en jefe, Gaspar Polanco. El General subjefe, José A. Salcedo. El General, Benito Monción. Pedro Antonio Pimentel. Silverio Dechantres (Delmonte). Juan Luis Domínguez. Sr. D. Manuel Bu-



ceta". Por cierto que ni Luperón, ni su alter ego Rodríguez Objío, publican tan cardinal documento en sus respectivos relatos de la Epopeya Restauradora: *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas, y Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*, porque como Luperón no lo firma, éste desconfiaba de la interpretación que podría darse al hecho de que su nombre no se hallara entre los de tan señalados signatarios. Aunque lo único que se deduce de todo esto es lo siguiente: que la pujante personalidad del prócer puertoplateño estaba todavía entonces en un genuino período de formación, y que por tanto el General Luperón exagera algo en sus memorias el papel que hizo en los alrededores de la viril y efervescente ciudad de Santiago en los genesíacos y memorandos días de la segunda quincena de agosto y primera de septiembre de aquel extraordinario y propicio año emergente: el 1863. En cambio, Gaspar Polanco ocupaba el primer puesto por la espontánea y prudentísima elección de sus avasallados comilitones, y al rededor de sus excepcionales condiciones para el mando castrense hay que cifrarlo y concentrarlo todo en tan pasmoso escenario: hasta la viva chispa causante del voraz incendio que consumió a la magestuosa (1) ribereña del Yaque del Norte el 6 de septiembre de 1863, saltó de una de sus improvisas, fulmineas y decisivas disposiciones tácticas, dictada en

(1).— Aunque queden deslucidas nuestras pobres peñoladas, al publicar junto a ellas un brillante párrafo de prosa magistral de nuestro inolvidable profesor Manuel Arturo Machado y González, estilista impecable, lo trasladamos, sin embargo, por oportuno, y con el mayor gusto, de un hermoso discurso que pronunció tan celebrado orador en los solemnes actos de la apoteosis del talentoso prócer trinitario José María Serra de Castro: "... y sea, señores, hoy y siempre, la ofrenda del patriotismo sobre la tumba de sus héroes el gesto épico y glorioso de aquel trágico Gaspar Polanco, que pasea triunfalmente la bandera dominicana sobre las llamas del incendio de Santiago, para que el estruendo pavoroso, de ola en ola y de cumbre en cumbre, recorra el vasto oceano, y anuncie al mundo que primero desaparecerá, blanqueado por los huesos el territorio nacional, antes de permitir que caigan, en los senos angustiados de la historia, Febrero deshecho y Agosto destruido!"

Al igual del literato y orador capitalino Dr. Machado, los periodistas de La Vega, se manifestaron también grandes admiradores del insigne y sufrido prócer restaurador, y devotos custodios de sus venerandos restos mortales. Un aventajado hijo de Clío, Vetilio Alfau Durán, quien dirigía a la sazón *El Civismo*, en su ciudad natal de Salvaleón de Higüey, recogió esos hidalgos conceptos de los periodistas vegaños, y los hizo suyos en el siguiente oportuno suelto de su mencionado y prestante hebdomadario levantino: "*Historiculas*. — *General Gaspar Polanco*. — Una sociedad santiagueña tiene el propósito de trasladar a la Iglesia Mayor de Santiago los restos del prócer y ex-presidente Gaspar Polanco, los cuales reposan en la Iglesia de La Vega. La prensa de esta última ciudad se ha declarado contraria al traslado, por considerar que esos restos no deben salir de allí más que para la Capilla de los Inmortales, que es donde justicieramente le corresponde estar, pues Gaspar Polanco es, a pesar de sus errores, una de las figuras más culminantes de la Historia Nacional que no podemos suprimir". (*El Civismo*, del 9 de septiembre de 1933, Núm. 15).

uno de los lances más rudos de aquel constante batallar de poder a poder con las poderosas y bien dirigidas huestes españolas. Léase lo que dice al respecto Benito Monción en la pág. 15 de su ya citado opúsculo *De Capotillo a Santiago*: "La confusión era grande aquel día; en tanto que nos batíamos desesperadamente en la Sabana, ardía Santiago, a causa de haber mandado el general Gaspar Polanco dar fuego a una casa situada en la parte arriba del Fuerte San Luis, para que las llamas y el humo perjudicaran a los españoles allí atrincherados. El incendio se propagó en toda la población, debido al mucho viento que estaba soplando etc."

Reconocida inteligencia natural del General Polanco.

Sigamos transcribiendo en abono de nuestra justísima tesis algunos lugares más del General Luperón, tomados todos de su tantas veces mencionada obra: "Sólo diremos que los esforzados generales Gaspar Polanco, Gregorio de Lora y Luperón estuvieron intrépidos y heroicos; que dirigieron sus respectivas operaciones con verdadera destreza y talento". (Pág. 134, tomo I). Intercalemos aquí, por oportuna, una cita de otro origen. Ramón González Tablas, en la pág. 177 de su *Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo* le concede también alguna inteligencia a Gaspar Polanco, pues dice: "Cuando se reincorporó a España la isla de Santo Domingo, existía en el Cibao una familia llamada de los Polancos, de la que formaba cabeza Gaspar, porque tenía representación de brigadier, o como allí se llamaba, de general de brigada, y además porque se le suponía *el más inteligente* de los tres hermanos.

"La posición de esta familia era un tanto desahogada, pues poseía buen número de cabezas de ganado y algunas tierras o vegas de tabaco".

Pero volvamos a las interrumpidas citas de Luperón: "... ya la columna del General Suero la estaban escalonando (la Sabana del Cementerio), y al General Gaspar que se había batido más de tres horas como pantera etc." (Luperón, op. cit., pág. 137). "Pero el General Polanco, que era muy austero en el mando, no quiso aceptar tal proposición, y a las dos de la madrugada ordenó el ataque a la fortaleza". "El Gral. Polanco, con dos piezas de artillería, marchó por la calle de la Barranca o de la Iglesia". (Luperón, op. cit., pág. 133). "Había aquél dicho a Luperón (el Gral. Polanco), al dar por la madrugada la orden de ataque, que cuidado si lo dejaban morir sólo



en la Fortaleza etc.". (Luperón, op. cit., pág. 135). "La Fortaleza, libre de los fuegos de Gaspar, que acababa de retirarse para ir al fuerte *Dios* a hacerle frente a la columna de Cappa y de Suero que llegaba etc.". (Luperón, op. cit., pág. 135). "El mismo día mandó el General Gaspar Polanco a buscar a Luperón para que le fuera a traer las dos piezas que le había quitado la columna de Suero el día de la batalla en el fuerte *Dios*. Ya Polanco había mandado al Coronel José Antonio Salcedo con ciento cincuenta hombres, y no pudo sacar los cañones por el fuego que le hicieron de la Iglesia y de la Fortaleza. Luperón no quiso más que un piquete de treinta tiradores y veinte hombres fuertes para cargar los cañones; cogió dos carretas en el Tejar, y mientras que con los tiradores amagaba a los españoles en la Iglesia, hizo que los veinte derrumbaran los cañones; y cuando ya estaban en Gurabito, se retiró con la guerrilla *lo que le valió un fuerte abrazo de Gaspar*, el que declaró delante de su tropa, que ninguno de sus oficiales servía para nada". (Luperón, op. cit., pág. 140).

El General Polanco fué el maestro en el arte de la guerra de Gregorio Luperón, y sobre todo, de Ulises Heureaux.

Hagamos aquí otra tempestiva digresión. Este efusivo abrazo, con que el veterano Brigadier de nuestra Guerra de Independencia, Gaspar Polanco, enardeció y premió al improvisado y audaz capitán restaurador puertoplateño, pone de manifiesto que el eminente hijo de Corral Viejo, después el hombre de más arraigo en la Peñuela, tenía todas las cualidades esenciales que deben concurrir en un auténtico Comandante General: a oportunas y atinadas disposiciones estratégicas y tácticas, aunaba el espontáneo y exaltador estímulo personal del caudillo. A mayor abundamiento: nuestra distinguida amiga doña Asunción Gonel de Leonetti, natural de la heroica villa de San Lorenzo de Guayubín, y quien trató bastante al General Ulises Heureaux, nos cuenta que éste le dijo un día: "El machete que llevo al cinto es un presente del General Gaspar Polanco. Después de un combate al arma blanca, en que ambos nos vimos obligados a descargar algunos golpes de sable, el General Gaspar me dijo animado por la más franca cordialidad: *¡Como premio a tu valentía, te regalo este encabao: consérvalo!* Y Ulises Heureaux fué admirado subalterno (2) de Gaspar Polanco, en la epopeya de Agos-

(2).— El General Luperón, al hablar de Ulises Heureaux en la Epopeya Restauradora, dice en la pág. 386 del tomo III de sus *Notas Autobiográficas etc.*: "Fué uno de los más valientes guerrilleros de la compañía del valiente Capitán Severo Gómez, en Maluis, cuya compañía servía de exploradora y

to, durante más de un año, nada menos que en los legendarios campamentos de San Marcos, Las Jabillas, Cafemba, Maluis y Los Campeches, sitios memorables desde los cuales El Gigante del Norte, el Héroe de Puerto Plata, como le llamó Rodríguez Objío a Polanco, mantenía a raya y debajo del más severo castigo, a las numerosas y escogidas tropas españolas estacionadas en la Fortaleza de San Felipe y población adyacente, y que más de una vez pretendieron tramontar nuestra alterosa Cordillera Septentrional y caer como una avalancha arrolladora sobre la Capital del Cibao, a la sazón inmovible asiento del Gobierno Restaurador. Ya el 19 de octubre de 1863 le comunicaba el Ministro de Guerra al Presidente José A. Salcedo, quien se hallaba fuera de la ciudad de Santiago y muy lejos de la línea de Puerto Plata: "El enemigo sigue arrinconado en el Fuerte de Puerto Plata. Hace de vez en cuando una salida, se tirotea con los nuestros y vuelve a refugiarse en sus madrigueras". Y agregaba el General Heureaux —al referirse al legítimo campeón de tantos brillantes hechos de armas y hazañas señeras— nos sigue relatando nuestra amable informadora: "Nunca se me olvidará el tono con que el General Gaspar les voceaba en los pleitos a sus soldados de infantería o de caballería: *¡A los machetes!*, y algunas veces también: *¡A los cañones!*". El General Gaspar Polanco y Borbón fué, pues, como salta a los ojos, durante la Epopeya Restauradora, maestro en el Arte de la Guerra de estos dos formidables atletas puertoplatenses: de Gregorio Luperón y Castellanos (3) y de Ulises Heureaux y Level de Goda.

de vanguardia en el sitio heroico que con sublime bravura sostuvieron dos años contra la Fortaleza. Allí fué herido; y a la conclusión de la guerra, era Alférez de la compañía. Fué uno de los oficiales que el General Pedro G. Martínez, como Ministro del Gobierno de Pimentel, despachó prisionero y amarrado de Puerto Plata para Santiago, únicamente por ser afecto al General Gaspar Polanco".

(3).— El General Luperón desalababa al Gigante del Norte y Mártir de Sabana Esperanza con motivo de los tres cargos a que nos referiremos, porque temía que la Historia, al enfocar las hojas de servicios de uno y otro en la Guerra de la Restauración, pudiera poner la suya por debajo de la de Polanco, y así él necesitaba señalar a éste grandes defectos que dificultaran su encumbramiento máximo, pues el General Luperón era tan egoísta como ambicioso de gloria. Ni Pimentel, ni Monción, ni Salcedo, ni Florentino, ni Cabral, ni Manzueta podían hacer sombra a Luperón en el relato de aquella magna lucha: Polanco sí, por la sencilla razón de haber tenido el mando supremo, de hecho y de derecho, tanto en el período inicial de progreso incesante de la guerra, como en el de su final victorioso, ocurrido como veremos a muy buena luz, en el último tercio de diciembre de 1864, cuando Gaspar Polanco era Presidente de la República y Generalísimo de nuestros invictos ejércitos. Gaspar Polanco y Borbón fué, pues, en aquella nuestra segunda cruzada por el rescate de la inajenable soberanía e independencia nacionales, el auténtico Libertador.



Se establece el Primer Gobierno Provisional de la Era de la Restauración.

Si el Presidente de la República, en la Restauración, había de elegirse en la clase militar, nadie debió preceder en tan alto puesto a su Generalísimo: Gaspar Polanco. Pero mientras este intrépido guerrero patriota, movido por el sagrado cumplimiento del deber y obedeciendo a los insitos impulsos de su predestinación para salvar su pueblo en los campos de batalla, "se batía como pantera" en la persecución del pujante y peligroso enemigo que iba a establecer una temible base de operaciones en Puerto Plata, el ambicioso, taimado y espurio baecista Salcedo (este último carácter le inhabilitaba para la proceridad), se quedó cabildeando entre el zinc retorcido y los negros cascotes de la destruida ciudad de Santiago, y se hizo elegir Presidente de un Gobierno Provisional el 14 de septiembre de 1863. Dice al respecto el autor de *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas*, en la pág. 149 del primer tomo de esta obra: "Luperón entonces les declaró que ya la policía lo había informado del objeto de la reunión, pero no el general Pello Salcedo; que él estaba esperando que se proclamara el Gobierno para hacerlos presos a todos conjuntamente con el General Salcedo, no porque fuera puesto a la inauguración de un Gobierno Provisorio que formalizara las operaciones de la Revolución, sino porque no creía que el General Salcedo tenía para esa inauguración el consentimiento de los principales hombres, que eran Monción, Pimentel, Santiago Rodríguez, Ignacio Reyes, Gaspar Polanco y el mismo que hablaba. Que los felicitaba por la honrada observación que ellos le habían hecho al General Salcedo, tan a tiempo, para evitar dificultades.

"Cuando Luperón hubo dicho lo referido, Salcedo, que era hombre vivo, audaz, valiente y exaltado y hasta temible por ciertos sucesos en los cuales *habían tenido los tribunales que condenarle como asesino*, en medio de todos los concurrentes, saltó sobre Luperón, que nunca ha provocado un lance, pero que, cuando lo han ido a buscar, siempre lo han hallado prevenido.

"El caso pudo haber sido grave sin la intervención de Don Ulises Espaillat y los demás, que lograron poner la paz entre los dos que no pudieron verse en lo adelante sin prevención etc.". Y en la pág. 157 agrega Luperón: "Este (Salcedo) alcanzó al General Polanco con la tropa en Los Llanos de Pérez, y siguió con él, hasta que metiéndose a contrariar las órdenes del General Polanco, se le encaró a éste, repliándole que él era Presidente del gobierno que se había formado en Santiago.

"En esta forma extraña, comunicaba Salcedo su audaz usurpación al General Polanco y a los demás generales que lo acompañaban y que ignoraban completamente la instalación del Gobierno (4).

"No podía Polanco, ni remotamente suponer que tal se hubiera hecho sin su consentimiento como General en Jefe de la Revolución, y sin la ingerencia de los generales Monción y Pimentel, que seguían con él. Así fué que a la declaración de Salcedo, Gaspar se montó en cólera y no poco trabajo tuvieron Monción y Pimentel para contenerlo e impedir que fusilara a Salcedo, porque era un hombre de un carácter ingenioso, pero irascible, con un temperamento tempestuoso y tremendo.

"Monción y Pimentel aconsejaron a Salcedo que se retirara. Etc.

"La versatilidad del General Salcedo y su falta completa de veracidad en momentos trascendentales para la sagrada causa de los dominicanos, era fatal y funesta etc. El mal proceder, tarde o temprano tiene su castigo; y el desgraciado Salcedo pagó bien caro más tarde su tortuosa política".

El General Polanco encabeza la cruenta persecución de los españoles desde Santiago hasta Puerto Plata.

En esa implacable persecución de las tropas españolas que evacuaron a Santiago y se dirigían a Puerto Plata, Gaspar Polanco fué también el primero. De la magnitud de los golpes que descargó sobre aquel numeroso y fuerte enemigo en retirada, el cual perdió en tan obligada y ruinosa operación retrógrada, según confesión de los propios hispanos, "mil hombres entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados", dan idea las siguientes palabras de Luperón: "y mientras que estos trascendentales sucesos transcurrían en la heroica Santiago, a donde acudían en procesión de todos los campos, a contemplar las ruinas, ardiendo todavía, digamos lo que pasaba en el camino de Santiago a Puerto Plata, donde el General Gaspar Polanco se había ido a poner de emboscada, mientras que Monción y Pimentel perseguían con tesón las columnas, hostigándolas hasta encontrarse con las tropas del General Polanco.

"El cuadro fué espantoso; detrás de cada árbol y de cada roca, a la vuelta de cada maleza, de cada

(4).— Sin embargo, el muy considerable suelto *Duelo Nacional*, transcrito en este trabajo y que tomamos del periódico oficial *El Monitor*, da una versión completamente distinta respecto del origen del primer Gobierno Provisional de los tiempos de la Restauración. Los historiadores venideros dirán la última palabra acerca de tan interesante tema.



camino, a cada paso de las cañadas y del arroyo Las Lavas, que serpentea en un espacio de más de cinco millas en el camino real, y en cada encrucijada, les disparaban los patriotas descargas a quema ropa, saltando luego al arma blanca, derribando de tal modo, pelotones de soldados españoles que se defendían con verdadera heroicidad y desesperación, hasta que a los cuatro días de incesante lucha lograron entrar en Puerto Plata, dejando en todo el camino muchos cadáveres, heridos y un sinnúmero de prisioneros". (Luperón, op. cit. pág. 154).

El General Polanco establece el gran sitio de Puerto Plata, en el cual "se bate día por día" durante más de trece meses.

Terminada la persecución, empieza el sitio de Puerto Plata. Al referirse a los comienzos de éste, dice Luperón también en la pág. 158 de sus *Notas Autobiográficas etc.*: "Mas, dejemos a este infeliz (José Antonio Salcedo) seguir el misterioso curso de su destino, y al impertérrito Polanco establecer el sitio de Puerto Plata, estrechar heroicamente los sitiados, llenarse de gloria inmarcesible e inmortalizar su nombre y los de aquellos valerosos que lo acompañaron dos años en aquella lucha gigantesca etc."

Al referirse a este mismo tema: al establecimiento del gran sitio de Puerto Plata, Rodríguez Objío escribió en *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*, los dos siguientes encomiásticos párrafos, a los cuales ya nos habíamos referido: "Sin embargo, en su calidad de buen patriota, organizó los cantones de Puerto Plata, que circunvalaban el Fuerte de San Felipe, donde se habían concentrado los españoles. Gaspar fué desde entonces *el Gigante del Norte*, que rodeado y secundado por los Generales Benito Monción, Tolentino, Medrano, Lafí y otros mantuvo a raya las invasiones que intentó el enemigo durante su permanencia en aquel punto. Fué este período de diez y ocho meses, al cabo de los cuales ocupó, como se verá más tarde, la Presidencia del Provisorio". (Rodríguez Objío, op. cit. pág. 76, T. I.). "En tanto, el manifiesto de Polanco había sido acogido con entusiasmo por todos los que vieron en su elección una garantía de libertad y de orden: los hechos nos probaron que *el Héroe de Puerto Plata* no violó nunca su consigna. El 22 de Octubre pudo anunciarse al país una victoria. La revolución estacionada comenzó a desentumecerse y su marcha desde entonces fué cierta y progresiva". (Rodríguez Objío, op. cit., pág. 220). Hay que leer en *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*, los extractos de los partes oficiales del Ministerio de la Guerra de los Gobiernos de la

Restauración, así como un Copiador de Oficios de esa misma Secretaría de Estado que se halla en el archivo del Historiador García, inédito aún, para darse cuenta del número e intensidad de los combates que se empeñaron en el gran sitio de Puerto Plata a que nos referimos. "El General Gaspar Polanco participa", "el General Gaspar Polanco comunica", "el General Gaspar Polanco oficia" etc., "que le mataron al General Benito Martínez", "que le mataron al oficial Nicomedes Morrovel", "que le mataron al oficial Mateo Suárez", "que le mataron al oficial Luis Arzeno", "que le mataron al oficial Francisco de Paula", "que le mataron al oficial Juan Lorenzo" etc., "y que en los diversos combates ha tenido... tantas bajas; pero que el enemigo es siempre rechazado con pérdidas sensibles". Sólo tuvo un revés: cuando el General La Gándara hizo trasladar grandes fuerzas de Monte Cristi para atacar los atrincheramientos dominicanos del asedio. Sin embargo, ya a las 8 p. m. de ese mismo trágico día el heroico General Gaspar Polanco pernoctaba de nuevo, acompañado de los más audaces, en sus posiciones de Maluis, Morro Diablo, Las Jabillas etc., con gran asombro del enemigo vanamente enorgullecido. A raíz de esa memorable ocasión, dijo el General Gaspar, nos contaba su fiel amigo don Agustín Escarramán, de quien luego hablaremos: "Mientras yo estoy aquí peleando como un desesperado, que por poco me matan el 31, está *Pepillo* emborrachándose (5) con las botellas de vino que le regalan sus amigos tapados los españoles". Y de que el General Gaspar Polanco no estaba hablando mentira en tal coyuntura, dan fe las siguientes palabras de la pág. 166 de la mencionada obra de González Tablas: "Se aseguraba que los demás prisioneros (se refería a los compañeros del teniente coronel José Velasco y del subteniente Miguel de Muzas, quienes hacía un año se hallaban prisioneros de los restauradores y que habían sido puestos en libertad) vendrían muy pronto, y todo esto fué causa de que las fuerzas contrarias fraternizaran con nuestras descubiertas, y que el general en jefe las obsequiase mandándolas caballerías cargadas de pan, vino y otros artículos". ¡Tantas circunstancias atenúan la responsabilidad del Héroe de Guayacanes, toma de Santiago, persecución del enemigo hasta Puerto Plata y asombrador sitio de esta plaza fortificada, al dar la orden para que fusilaran a José Antonio Salcedo! Dice Rodríguez Objío en la pág. 209 de *Gregorio Lu-*

(5).— El autor de *Historia de la Restauración*, Pedro M. Archambault, le dice en carta desde Santiago, al acucioso y bien documentado Lcdo. Vetilio Alfau Durán, con fecha 14 de septiembre de 1941: "A esas malaventuras se añadía que (José Antonio Salcedo) tenía el defecto de *emborracharse*, lo cual servía a sus enemigos de pantalla para encubrir sus odios".



perón etc.: "La Gándara había cometido la torpeza de hacer presentar a Polanco una súplica en favor del prisionero (José Antonio Salcedo), mientras que nuevas instancias y declaraciones insidiosas le fueron dirigidas desde las Líneas".

Importancia única del General Polanco en la Guerra de la Restauración.

La importancia única del General Gaspar Polanco en la Guerra de la Restauración la pone de manifiesto el párrafo que trasladaremos en seguida, y que transcribimos del mencionado Copiador de Oficios de la Secretaría de Guerra. El Consejo de Ministros de Santiago hacía más caudal de los prudentes pareceres del veterano y austero General Polanco, que de todas las disposiciones gubernativas del descarriado e incomprensible Presidente Salcedo (6). Copiemos: "Al General Gaspar Polanco —San Marcos— Octubre 17.— Apreciando sus consejos se manda al Gral. Luperón a poner a las órdenes del Gral. Florentino. El Tomás Pared preso se lo hemos devuelto vista su recomendación".

Falsedades en algunos pasajes de los escritos históricos de Luperón y de Rodríguez Objío.

Aquí otro paréntesis. Demuestran la falsedad de muchos lugares de los trabajos históricos acerca de la Restauración, escritos por Gregorio Luperón y Manuel Rodríguez Objío, pasajes como el siguiente, transcrito también del mencionado Copiador de Oficios: "Santiago— Octubre 27 de 1863— General Pedro

(6).— Los Ministros del Gobierno Provisional de Santiago vivían siempre a pleitos mortificadores con el Presidente Salcedo, quien desobedecía y frustraba las más bien maduras y provechosas providencias de aquellos prudentes consejeros. Por esto dice Luperón en la pág. 187 del T. I. de sus *Notas Autobiográficas* etc.: "Sin respeto a la libertad y sin conciencia política, sin dignidad y entregado (Salcedo) a los pasatiempos de la embriaguez, de las diversiones y de los juegos ruinosos, sus hechos reflejaban el mal estado de la política del Gobierno, que aunque se componía de hombres muy respetables, no tenían ninguna autoridad para cambiar radicalmente aquel orden de cosas". Rodríguez Objío le señala otro repulsivo defecto en la pág. 210 del T. I de *Gregorio Luperón* etc.: "Un vicio común afeaba además sus bellas dotes; ese vicio que hizo despreciable a Marco Antonio el rival de Augusto, contribuyó mucho a inclinar la balanza en favor de sus enemigos". Luperón en la pág. 149 del T. I de sus *Notas Autobiográficas* etc. lo acusa también de asesino. Archambault, en la pág. 91 de *Historia de la Restauración* dice que Salcedo *mató con un cuchillo a su peón Luciano*. Y Rodríguez Objío, en la misma pág. 210 de *Gregorio Luperón* etc., agrega que Salcedo *de un tajo de sable rendía muerto un hombre*. Y Gaspar Polanco, la espada primiceria de la Guerra Restauradora, en su Proclama del 15 de octubre de 1864, exclama solemnemente: "Perseverante en la idea de anular los actos de sus colegas, destruyó el Gobierno creado en 14 de Septiembre de 1863 por elección general, porque éste, en uso de sus facultades, había confirmado la sentencia de muerte que el Consejo de Guerra pronunció contra un traidor convicto y confeso, cons-

Florentino— Azua— El General Luperón, que se titula en su correspondencia General Jefe de Operaciones del Sud y del Este, no tiene ningún derecho a ese título: se le dió orden de que marchase al Sud a ponerse a las órdenes de Ud. El Sr. Pedro A. Casimiro, que se titula también General Jefe de Operaciones, y entre el cual y Luperón ha habido una escandalosa desavenencia en Baní con mengua y detrimento de nuestra gloriosa Causa Nacional etc."

Galanos cálculos hechos por Polanco en su lucha contra España.

En los curiosos y galanos cálculos que hacía Polanco, entraba que a España se le presentaran complicaciones en distintas partes del mundo, que le llevasen poderosamente su atención. He aquí la prueba: "Javillas, diciembre 4 de 1863— El mismo General Polanco participa que: por noticias de Samaná sabe que las tropas dominicanas atacaron el fuerte de Los Cacaos, mataron algunos enemigos, cogieron bestias y reses; que les echaron una cañonera a pique e hicieron alejar las otras; que por una correspondencia de ultramar sabe que la guerra de España con Marruecos se renueva; que el Gobierno Español mandó gente sobre la isla de Luzón; que se prepara un golpe sobre Cuba y que estallará muy pronto, y concluye pidiendo hilas". (*Gregorio Luperón* etc., por Manuel Rodríguez Objío, T. I., pág. 128).

El General Polanco incita a sus secretarios para que le escriban proclamas patrióticas, y organiza el servicio de la movediza oficina de aquéllos.

El General Gaspar le dedicaba bastante tiempo al servicio de Secretaría: "No. 361.— 3 de Febrero de 1864.— Gral. G. Polanco: ".....
.....
"Aplaude mucho el Gobo. el sentido de la proclama, que ud. dirigió a aquellas tropas de su mando sintiendo sobremanera no podérsela imprimir, así como las cabecillas que ud. recomienda, por razón de estar la prensa empleada de día y de noche en la confección de papeletas para la ración del soldado, tan pronto se pueda se le cumplirán sus deseos". (Del inédito Co-

tituyéndose desde luego el General Salcedo en Dictador absoluto de la Nación, sin consultar la voluntad de ella; creó arbitrariamente un Ministerio y reasumiendo los derechos de un pueblo que pelea por la libertad, cercenó ésta y desorientó la opinión nacional; pero su dictadura poco atenta a la administración de los negocios públicos, y absorbida toda en su persona, dejaba desmoronarse poco a poco la grandiosa obra del 16 de Agosto, entregado a diversiones y placeres trívulos, que manchaban la dignidad del pueblo dominicano, cuya representación había absorbido".



Proyecto de Digitalización Academia Dominicana de la Historia

piador de Oficios del Ministerio de la Guerra, existente en el Archivo del Historiador García).

Acusaciones impugnables contra Polanco.

¿Cuáles son las tres acusaciones con que se pretende menoscabar los singulares méritos del General Gaspar Polanco en la Guerra de la Restauración? 1o. El haber estado con los españoles en el movimiento revolucionario de febrero de 1863. 2o. El fusilamiento de José Antonio Salcedo. 3o. Dizque “el haber izado la bandera haitiana, entrelazada con la dominicana”, en Blanco, cuando su alzamiento contra el Gobierno de Pimentel. Del primero de los cargos lo defiende don Manuel Ubaldo Gómez, en el discurso que pronunció ante la tumba de Polanco el 6 de septiembre de 1938, en un acto de merecida reparación histórica del prócer, organizado por la Sociedad *Amantes de la Luz* de la culta ciudad de Santiago de los Caballeros. Alega don Manuel Ubaldo en defensa de Polanco: que don Teodoro Gómez y don Manuel D. Valverde, testigos presenciales autorizadísimos de aquellos acontecimientos, y “cuyas palabras eran el evangelio”, le aseguraron a él que el General Polanco estaba ya tomando adecuadas disposiciones para adherirse a la Revolución; pero que al ser ésta inesperadamente debelada, resolvió conservarse para mejor oportunidad. Además: tanto La Gándara como González Tablas expresan que Polanco estuvo con ellos entonces de mala fe y para salvarle la vida a su hermano Juan Antonio, preso por complicidad en dicho movimiento y quien estaba a punto de ser fusilado.

Respecto de la segunda acusación debemos expresar: que los cargos hechos por Luperón a Salcedo son muchos y graves, y que en el curso de este trabajo se manifiestan otros que lejos de dar la causa de Salcedo por conclusa, la acriminan, todo lo cual minora la tan traída y llevada responsabilidad que contrajo Polanco en la Playa de Maimón. La última memoria que hace Luperón de Salcedo en el tomo I de sus *Notas Autobiográficas* etc. no puede ser más acusadora. Leemos en la pág. 273 de dicho volumen: “El Gobierno marchaba (el de Polanco) y las operaciones de la guerra eran cada vez más favorables, ganando prosélitos y terreno cuando apareció una sublevación en Dajabón capitaneada por el General Pedro Antonio Pimentel, acompañado de los Generales Benito Monción y Federico García, que lo secundaron en Guayubín y los cantones del Duro y la Malena, todo por instigaciones del señor Teodoro Henneken, enviado de La Gándara, el cual había conquistado y extraviado al desgraciado Salcedo”.

El General Polanco, sin embargo, no tuvo desde el principio la idea de fusilar a Salcedo: el hecho de que “el Jefe de la Frontera, General Philantrope, a nombre del Gobierno de su Nación”, no dejara entrar en el territorio haitiano al depuesto Presidente, fué la causa determinante de la ejecución de éste. ¡Polanco vió en peligro la unidad de la Revolución, ya casi triunfante, y quiso eliminar el riesgo de su retroceso o de su fracaso! Por tan importante motivo Bolívar llevó al patíbulo a Piar, y nadie acrimina implacablemente al Libertador de Cinco Naciones por haber suprimido a un valeroso guerrero en cuya conducta no había ni la más leve sombra de traición. Iguales fueron los casos del fusilamiento de los hermanos Carreras y del asesinato del abogado guerrillero Manuel Rodríguez, en Chile, y estos ejecutados no eran menos gloriosos ni íntegros que el abatido por el Héroe de Boyacá y de Carabobo: “sombras que empañan la gloria de San Martín y la memoria de O’Higgins”, exclama en tono de moraleja y de epifonema el ilustre historiador canario Nicolás Estébanez. Lo que deben lamentar los dominicanos es que su ejército no tuviera la potencia suficiente para repetir el escarmiento hecho con Salcedo, en más palmarios culpados: en Santana y en Báez, por ejemplo, como fulminaron a Agustín Iturbide y a Maximiliano de Austria, en México, las rigurosas tropas del Congreso Regional del Estado de Tamaulipas y del éneo Libertador Benito Juárez, respectivamente. Y esto que lo castigado y execrado en aquellas memorables ocasiones por los descendientes de Guatimozín, de Hernán Cortés y de Miguel Hidalgo y Costilla, eran simplemente crímenes de lesa democracia; porque México seguía siendo independiente dentro de esos dos combatidos regímenes. Mientras que *nuestros* Santana y Báez, primero lucharon porque la República naciera siendo un Protectorado, y después de venida al mundo, porque perdiese totalmente su libertad y fuera anexada, ora a España, ya a los Estados Unidos de la América del Norte, designios proditorios que estaban inapelablemente castigados con pena de muerte, tanto en nuestro Código Penal como en las disposiciones soberanas posteriores emanadas de gobiernos revolucionarios populares y de la vindicta pública.

Tercero y último cargo contra Polanco: que éste se presentó “con unos cuantos en Blanco y en los campamentos de Pto. Plata (alzado en armas contra Pimentel), con una bandera haitiana enlazada con una dominicana, en lugares donde todos eran adictos a su persona etc.”. (Luperón, op. cit., pág. 290). De esta otra acusación lo redime también noble y totalmente Manuel Ubaldo Gómez. Dice el historiógrafo



cibaño en la pág. 121 del tomo 2o. de su *Resumen de la Historia de Santo Domingo*: "En fecha 30 del mes de junio en un decreto del presidente Pimentel en que se declaran cómplices a los que ocultaren o favoreciesen a Polanco, se acusa a éste de que prófugo y condenado a muerte por el asesinato de Salcedo había cometido el crimen de sedición, excitando a armarse contra la autoridad legítima, entrando en el puesto militar de Blanco a la cabeza de una facción, y de que, *habiéndose apoderado del referido Puesto Militar, enarbó allí la bandera haitiana, después de haber hecho bajar el pabellón dominicano*. Personas que fueron actores en los sucesos de la restauración de indiscutible y reconocida seriedad, niegan lo de la bandera haitiana y lo del enlace con la dominicana. Es cierto que se dijo; pero fué un expediente de que se echó mano para desacreditar la reacción que intentaba Polanco". Desde la fracasada expedición *baecista* de Sánchez y de Cabral (7), en 1861 (sólo

se hallaban en ella libres de tal color político, Pina y Ogando), esa tendencia a propagar que entre nosotros había "quienes estuvieran al servicio del imperialismo haitiano" fué un lugar común empleado por nuestros políticos profesionales cuando querían desautorizar las empresas revolucionarias de sus contrarios. Luperón no debió olvidarse de que a él mismo se le acusó también de rendir parias a ese designio antinacional. Escribe Luperón en la pág. 383 del tomo I de sus *Notas Autobiográficas* etc.: "Báez publicó como un gran triunfo su muerte (la de Luperón) en la "Gaceta Oficial", y para ultrajar su nombre después de muerto, declaraba este periódico, que *Luperón había hecho el movimiento a favor de los haitianos*". Luperón no debió tampoco echar en olvido que Polanco era orgulloso Brigadier de la Primera República, y que aquel honrador despacho le fué otorgado por méritos excepcionales en la guerra contra Haití, y que esa alta graduación militar, y fama, fueron las circunstancias que lo elevaron para que hiciera indiscutiblemente el primer papel en la Epopeya Restauradora. Si Luperón, quien ya contaba 17 años cuando se empeñó la batalla de Sabana Larga, en enero de 1856, hubiera presenciado en ella el heroico comportamiento de Polanco como Coronel de Caballería del famoso Regimiento de Entre los Ríos, a buen seguro que no se hubiera hecho eco de la calumniosa especie de la proclama de Pimentel y habría aprendido a respetar asimismo al Héroe de Guayacanes, de San-

(7).— Esta tesis fué sustentada por el General Damián Báez y Méndez, hermano de padre y madre de Buenaventura Báez, el caudillo desde 1856, año de la matricula de Segovia, de aquellos dos Generales expedicionarios, pues don Damián dice en una nota de la pág. 30 de la parte III de su folleto *Contra la Calunnia*, editado en la *Imprenta del Comercio*, de Curazao, en 1878: "...sería entre otras razones por aquélla de que habían visto frustrados sus esfuerzos por la hecatombe que perpetraron los mismos dominicanos en Sánchez y veinte y un compañeros más *baecistas* etc." Y como aquella *Revolución de la Regeneración Dominicana* (así la llamaron sus autores) se ha tenido hasta ahora por gloriosa, Damián Báez la reclamó para su partido, en el cual militó arrastrado por estrechos vínculos de familia. Y es justo que puntualicemos ahora, que así como el General Damián Báez deseaba que se le reconocieran nexos con los acontecimientos aparentemente patrióticos de 1861, en cambio siempre declaró que nunca fué adepto del proyecto de anexión a los Estados Unidos de 1870. A esta diferencia de parecer con su hermano Buenaventura parece referirse don Damián cuando en las págs. 20 y 21 de otro opúsculo suyo, *Demostración*, fechado en Curazao el 24 de marzo de 1891, dice: "...y con tanta más gracia (lo defendía, a Buenaventura) cuanto que yo no opinaba por su régimen de gobierno, y como mi hermano Carlos éramos negados, opuestos, a varias de sus ideas y prácticas políticas de él; pero me era imposible dejar de asistir en sus filas, porque sus enemigos de antaño me persiguieron, y ultrajaron a la vez que a mi madre y a toda la familia nada más que por la causa de ser sus hermanos etc.". Y tanto es así que el General Damián Báez no desperdiciaba ocasión de demostrar hasta con los hechos la verdad de lo que decimos, que cuando el 6 de diciembre de 1905 se impidió en esta ciudad un posible desembarco de tropas norteamericanas, tendente a afianzar en la Presidencia de la República al General Carlos Felipe Morales Languasco, y por tanto, a que se aceptara como lícita la intervención armada extranjera en los asuntos internos de la vida nacional, el viejo militar retirado empuñó un Remington y fué a ofrecer sus servicios a la Comandancia de Armas de la plaza. El siguiente suelto, copiado del *Listín Diario*, de 7 de diciembre de 1905, No. 4921, servirá para confirmar la honorada especie: "El anciano general Damián Báez fué de los que tomaron ayer las armas y los generales José Ricardo Roques y Carlos Parahoy también fueron a ofrecer sus servicios a la Comandancia de Armas".

El autor de *Rasgos Biográficos del Excmo. Sr. General D. Eusebio Puello y Castro*, opúsculo dado a la estampa en la *Imprenta Militar de la Viuda de Soler y Compañía*, Ríca 40, de La Habana, en el año 1872, abunda en la misma opinión del General Damián Báez, pues en la pág. 4 del mencionado folleto, se lee: "Por entonces (año 1861) el

Presidente haitiano Geffrard protestó contra la anexión de Santo Domingo a España y *facilitó recursos a unos cuantos partidarios de Báez, los que... invadieron el territorio español posesionándose del pueblo de las Matas, etc.*"

En la ya citada proclama, *baecista* y anexionista, de Juan de Jesús Salcedo, fechada en Guayubín el 2 de junio de 1870, se halla el nombre de Polanco (el de Juan Antonio), como el de uno de los partidarios de "la incorporación (de la Patria de Duarte) a los Estados Unidos"; pero el hermano del *gran Gaspar* estaba mal de su grado en aquellas filas, pues el Delegado del Gobierno en el Cibao, General Manuel Altagracia Cáceres, le escribió al Presidente Báez desde Santiago, con data 7 de julio de 1870: "...pero yo tengo la convicción de que Polanco no está en buen sentido en la cuestión de anexión; así me lo ha comunicado un hermano de él. Si estoy en la persuasión de que una leve insinuación de ud. es lo suficiente para que cambie y así espero lo mande llamar". (Archivo General de la Nación. Leg. 9, Exp. 7, Carta 13. Copiada por el acucioso César A. Herrera). El también valentísimo y muy meritorio Juan Antonio Polanco dejó por fin aquellas filas, pues el 18 de junio de 1873 encabeza las firmas de un manifiesto en contra del *Gobierno de los Seis Años*, documento en el cual se hallan después los nombres de Gregorio Luperón, Pedro A. Pimentel, José Calasán Carrasco, Ulises Heureaux, Juan Portalatin etc. (*Notas Autobiográficas* etc., págs. 191 y 192, T. II).

El padre del General Gabino Crespo se hacía pagar muy caro por la adhesión de su hijo al malhadado proyecto de anexión, pues el General Cáceres le comunicó al Presidente Báez en aquella misma carta del 7 de julio, de que ya hemos hablado: "Lo que sucede con el referido anciano (el padre del Gral. Gabino Crespo) a quien para la *cuestión del día* (la anexión) tube que comprarlo con *buenas onzas* es que tiene una sed hídrica de oro y quiere explotar más al Gobierno",



tiago, de la Cordillera Septentrional y de Puerto Plata como a granado e irreducible veterano de la Independencia.

El Gobierno del General Polanco fué el mejor: el más fecundo y provechoso de la Era de la Restauración.

Pero volvamos a la consideración de la vida política del General Polanco, siempre alta y firme en el pedestal de sus glorias. Su Gobierno fué el mejor de la Restauración, y durante su período administrativo se le dió fin victoriosamente a aquella nuestra Segunda Cruzada Libertadora, la cual fué coronada por estas dos memorables acciones: la toma de Higüey, llevada al cabo el 24 de diciembre de 1864, por las aguerridas tropas del glorioso General Eusebio Manzueta, restaurador de primera línea, cuya cara memoria reclama un mayor y más lucido encumbramiento histórico, y por el significativo ataque que dió a San Fernando de Montecristi el 28 de diciembre de ese mismo memoratísimo año, el Presidente de la República y Generalísimo de nuestros invictos ejércitos, Gaspar Polanco y Borbón. Esto lo afirman Luperón, Rodríguez Objío, *El Monitor* del 17 de diciembre de 1867, y todos los dominicanos bien informados, investigadores acuciosos y honorables, amantes de la Justicia, y sacerdotes del culto de ésta en su templo más augusto, que es el de la Historia.

Por no extender más de lo necesario este trabajo, transcribimos tan sólo la siguiente cita de Rodríguez Objío: "Este llamamiento fué atendido de la manera más espléndida. Más de dos mil voluntarios acompañaron hacia las fronteras del Noroeste al Presidente Polanco; pero nos cumple decir en testimonio de la verdad que dicha movilización fué una estéril ostentación de fuerza, que si bien impuso al enemigo, no dió los grandes resultados que hubiera de esperarse (se refiere Rodríguez Objío al combate empeñado por Polanco en Montecristi el 28 de diciembre de 1864, de que ya hemos hecho honrosa y bien documentada mención). Días más tarde el órgano oficial anunció la ocupación de Higüey, y con estos dos sucesos quedó terminada de hecho la campaña de la Restauración, pues las intentonas del General Castillo sobre Baní, sólo obtuvieron el ensanche de nuestras fronteras hasta la aldea de Paya. Después de esta época, el enemigo fortificado en varios puntos del litoral, no intentó nuevas incursiones, permaneciendo en este estado defensivo hasta el día en que las Cortes Españolas ordenaron la desocupación. Era pues tiempo de precipitar la lucha diplomática... Como se ha visto, la Causa Restauradora, en el poco tiempo que transcurrió desde el advenimiento del Ge-

neral Polanco, obtuvo cuanto debió desear. Nuestros recursos apenas permitían ir más allá, pero tampoco el enemigo podía prolongar la embarazosa posición en que se hallaba colocado: el abandono de nuestro país debía ser la consecuencia forzosa de tan violento estado. Quede por tanto sentado, que la guerra dominico-española terminó de hecho en Diciembre de 1864".

Lo que quiso el General Polanco en aquella última ocasión, real y efectivamente, fué demostrarles a los españoles que teníamos, y que tendríamos indefinidamente, un poderoso ejército, el cual podría ser congregado en cualesquiera otras circunstancias para operaciones de mayor envergadura, como se dice ahora. Polanco no pretendió expugnar los formidables atrincheramientos del enemigo en Montecristi, porque no contaba con el número de plazas ni con el equipo necesarios para empresa de tanto momento se presentó simplemente de manera magestuosa y retadora delante de la plaza fortificada de donde habían salido a fines del último mes de Agosto las numerosas y bien armadas tropas que al mando del propio Capitán General José de la Gándara y Navarro, del Teniente General Blas Villate y de la Hera, Conde de Valmaseda, del General de las Reservas José Hungría, y de los Coroneles Agustín Jiménez Bueno, Nicolás Argenti y Sulse y Demetrio Quirós, primer jefe de cazadores de la Unión, le habían hecho experimentar en su mansión de gloria del gran sitio de Puerto Plata, a él, que con jactancia japonesa alardeaba "de que nunca había sido vencido", según dice la Gándara, el único revés de aquella inmortal campaña. Luperón califica en la pág. 196 del T. I de sus *Notas Autobiográficas* etc., a este imponderable asedio de la bien defendida Ciudad de Isabel de Torres, como el "hecho de armas más heroico que se conocía en la historia de la guerra de la isla". Polanco, pues, pareció desafiador ante el Teniente General hispano Rafael Izquierdo y Gutiérrez, quien mandaba como oficial superior la fortificada Ciudad del Morro, para ver si el valeroso y cauto caudillo salvaba los parapetos y se batía con él en campo raso; pero el General Izquierdo no se dejó seducir por la audaz y temible finta y se mantuvo con desconfianza dentro de la más completa inacción. Tal vez el Teniente General Izquierdo sabía ya a ciencia cierta que la guerra había terminado y no quiso aumentar las pérdidas del ejército de ocupación con nuevos inútiles sacrificios.

Última zarpada bélica del General Polanco en la Era de la Restauración.

La mejor descripción de la última zarpada bélica del General Polanco en la Guerra Restauradora, la



trae González Tablas en su antedicha obra. A aquélla hemos acomodado nuestras inmediatas anteriores consideraciones. Transcribamos algunos párrafos del citado Capitán historiógrafo: "Pero nos engañamos. Polanco vino y lo tuvimos en medio del combate a tiro de pistola.

.....
 "Allí estuvimos algunos minutos observando al enemigo, y pronto descubrimos su intento.

"En un monte espeso que teníamos a la vista y hacia donde el camino se estrechaba y la manigua era impenetrable, había ocultado la parte principal de su gente de la que nos presentaba pequeños grupos, para atraernos a su emboscada.

"Nuestra impasible y serena actitud desconcertó los planes del presidente, que contaba con el habitual ardor castellano y no podía esperar que por primera vez refrenáramos el coraje y dejáramos de perseguir a los contrarios hasta perderlos de vista.

.....
 "Desesperado Polanco al ver fracasado el gran plan que traía confeccionado desde su capital, no le pareció decente, a fuer de hombre de valor salvaje, el acabar la jornada sin dar una prueba de su arrojo. Al efecto, se puso a la cabeza de un grupo de cuarenta y tantos jinetes y ciego de cólera se lanzó sobre nuestra posición llegando hasta trescientos o cuatrocientos metros de la extrema derecha de nuestra línea. Allí había cuatro compañías del batallón de España que permitieron acercarse a los jinetes, hasta tener asegurada su descarga que les hizo volver grupas con rapidez, ocasionándoles bajas en hombres y caballos.

.....
 "Se puede decir que la carga amagada por el presidente fué el fin de fiesta; pues desde aquel momento se les vió emprender la retirada".

Causas del derrocamiento del Gobierno del General Polanco. El interés personalista supeditando al nacional.

¿Por qué se derrocó al Gobierno de Polanco? El manifiesto de la revolución que lo despojó del poder lo acusaba ante todo de la muerte del ex-presidente Salcedo. Vana, inadmisibles y cínica acusación; porque dos de los firmantes de dicho documento, los Generales Pedro Antonio Pimentel y Benito Monción le pidieron por escrito a Luperón, en la ribereña del Massacre, que les entregara a Salcedo, quien estaba custodiado por él, para pasarlo por las armas inmediatamente. Menos mal que aquel documento lo suscribiese Federico García; porque Salcedo impidió que

fusilaran al padre de éste, a Ambrosio García, condenado a muerte "por complicidad con el enemigo", por el Consejo de Conspiradores de Santiago, el 18 de agosto de 1864; sentencia que fué confirmada por el Ministerio de Salcedo —estando éste ausente de Santiago—, el 23 del mismo mes y año. Aunque Polanco, que nosotros sepamos, no fué parte en esta condenación, y lo que hizo después, cuando llegó al poder, fué quitarles los grillos al preso García, el 29 de octubre del mismo 1864; asegurarle a Federico que la vida de su padre no corría peligro, y luego darle por cárcel la ciudad de Santiago, esto con fecha 14 de noviembre del mismo año. (Léase al respecto el Libro de Actas de los Gobiernos Restauradores, que se halla en el Archivo de la Nación y fué publicado en el *Boletín* de éste), Pimentel dijo al cabo de tres años, cuando ya el tiempo había barrido de su espíritu pasiones y propósitos tendenciosos, y cuando ya había sido muerto Polanco por defender con olvido de su patrimonio y de su vida la mejor causa, en carta pública fechada en Santo Domingo el 28 de enero de 1868, escrita a los Señores Miembros de la Junta Gubernativa (baecista) de Santiago de los Caballeros, dijo sincera, paladinamente que la conjuración contra aquél, de enero de 1865, se debió a causas puramente personales, que nada tenían que ver con la moral política, ni con los intereses esenciales del nacionalismo. He aquí sus palabras: "Algunos hombres de los que hoy componen esa Junta, no ignoran que amenazados varios Generales y yo por el Gobierno del General Polanco, alzamos nuestra voz desconociendo su Gobierno, como Uds. lo han hecho ahora; que como Uds. o en peores circunstancias aún, me ví en la dolorosa necesidad de encarcelar a varios miembros del Gobierno caído; pero ante todo, debo recordaros, que sobreponiéndome a las pasiones del momento, defendí con la misma espada que salvó mi vida y la de mis compañeros, la de mis enemigos que la suerte de las armas puso en mi poder". Pimentel y García cayeron en cuenta también de que la guerra había concluido y que se podía volver sin mayor riesgo a la viciosa política de *quítate tú para ponerme yo*, como calificó a este mal social dominicano Aristides García Gómez en su sabroso artículo satírico *Menudencias*. Los comandantes de los cantones establecidos frente a Montecristi se llenaron de celos, de envidia, de ambiciones cuando vieron llegar a Polanco a fines de diciembre de 1864 a mandarlos y a reconvenirlos, con todo el deslumbrante aparato de Presidente y de Generalísimo. La proclamación vindicatoria de los *supuestos méritos y fin trágico de José Antonio Salcedo* no se vió ni por asomo en la carta de Pimentel de 1868, porque además aquélla no se hizo por Salcedo



en sí, sino por la gran finalidad procurada en la Restauración por el impenitente *sandolo* o rojo de Estero Balsa de Arriba: favorecer el retorno de Báez al país y su reposición en el poder, fuera como Capitán General español, o como Presidente dominicano. Los susodichos Pimentel y García querían tener el honor de presidir los actos del abandono del territorio nacional por las tropas españolas de la Anexión y ponerse en potencia propinqua de darle remate en la misma Capital de la República al encargo partidario *baecista*, y por tanto antinacional, que les había legado Salcedo, y que ellos recibieron y ejecutaron con puntualísima fidelidad. ¿Cómo?: "...definiendo la situación, como dice el historiador García en las págs. 31 y 36 de su *Historia Moderna de la República Dominicana*, con el pronunciamiento de la capital en favor de Báez, a quien no conocía sino de nombre (se refiere a Pimentel); hecho que realizó con audacia inaudita en la tarde del 26 de octubre, en unión de los generales Pedro (Gregorio) Martínez y *Federico de Jesús García*, precisamente cuando el general Luperón movilizaba tropas en el Cibao para acudir en auxilio del gobierno etc."

Manuel Rodríguez Objío, a raíz del 11 de julio de 1865, defrauda las esperanzas de los patriotas auténticos, al ligarse fuertemente con los rojos para llevar a la Presidencia de la República recién restaurada al Ex Mariscal de Campo español Buenaventura Báez y Méndez.

Manuel Rodríguez Objío se dejó arrastrar por estos mesnaderos ignorantes y amorales y contribuyó de modo muy importante a la reposición del Mariscal de Campo español Báez en la presidencia de la República recién restaurada. La literatura política *baecista* de Rodríguez Objío, primero como Ministro de Relaciones Exteriores de Cabral y de Pedro Guillermo, y después como Delegado del Gobierno en el Cibao y como Gobernador de Puerto Plata durante la Tercera Administración de aquel antinacional Caudillo, documentación que se halla manuscrita en los Libros Copiadores de Oficios de dicha Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, en el Archivo de la Nación, e impresa en los periódicos oficiales de la época, da para formar un buen volumen. En una comunicación como Ministro de Relaciones Exteriores le dice Rodríguez Objío a Báez, que Luperón está también con su candidatura para la Presidencia de la República, falsa aseveración que le valió luego a Rodríguez Objío una fuerte reprimenda del prócer puer-

toplateño (8). Y ni Luperón ni Rodríguez Objío publican nada de esto en sus respectivas obras históricas —¡donosa manera de respetar y honrar las augustas tablillas de Clío!—. Esa *bombástica apología* de Luperón, que Rodríguez Objío intituló, con cacofonía y todo: *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*, cbligó mucho el agradecimiento del prócer puertoplateño. Rodríguez Objío comenzaría a comprender el tremendo y reprobabilísimo error en que había incurrido, cuando oyó el 8 de diciembre de 1865 el formidable discurso de Meriño —quien con todos sus desaciertos fué muy superior al autor de *Relaciones*—, en el acto de tomarle juramento al recién elegido Presidente Báez, y supo que ese mismo día había levantado Luperón la bandera revolucionaria en la gloriosa Puerto Plata. Rodríguez Objío redactó y firmó también, como Secretario del Ayuntamiento de esta ciudad, con fecha 20 de febrero de 1862, una despedida y felicitación, que suscribieron igualmente los demás miembros del Concejo, al Gobernador y Capitán General de Cuba, Excmo. Sr. Francisco Serrano, quien era entonces huésped de la Ciudad de los Colones, en la que se lee: "Grande y noble, como leal y desinteresada, fué la eficaz protección que V. E. dispuso a la patria de los dominicanos, cuando acogiendo el primero la libre manifestación de sus sentimientos, unió sus esfuerzos a los de ella para alejarla del

(8).— He aquí dicha comunicación:

Santo Domingo, R. D., Nov. 1 de 1865.
No. 39.
Gral. Don Buenaventura Báez,
Santhomas.

Los últimos sucesos políticos que han tenido lugar en esta patria, han dado por resultado un cambio radical en la dirección de los asuntos públicos, y como consecuencia de ello, la más franca manifestación de la opinión general que en toda la estensión de la Repca. le designa como su futuro Presidente. Ni un solo tiro ha resonado, ni una sola lágrima se ha vertido, ni el más leve disgusto ha ocasionado esta aclamación, porque siendo ella la expresión del voto popular, nadie ha podido oponerse, al impulso de la idea dominante. Falta sí, que el triunfo de dicha idea se consolide y para ello la presencia de Ud. en esta tierra es absolutamente necesaria, porque de este modo se acallará la insistencia del pueblo que lo aclama, renacerá la confianza en el comercio, que en todas partes es siempre tímido e irresoluto en circunstancias dadas y recibiendo mayor fuerza moral la situación creada, se hará imposible toda tendencia reaccionaria. Permítame, Ciudadano Gral. no creer un momento que su patriotismo y buen deseo, se amilane ante el más ligero escrúpulo: la Patria le necesita y Ud. no puede vacilar en acudir a su llamado, exponiéndola inconsideradamente a la eventualidad de un trastorno. No quiere esto decir: que yo le tema o le prejuzgue, pero quiere decir que Ud. puede impedirlo y asegurar la paz definitiva de este suelo, caso que alguno intente perturbarla. Su candidatura, Ciudadano Gral., *la apoyan las primeras espadas de la revolución restauradora*: Pimentel, García, Alvarez, Luperón, en el Cibao, Cabral y Manzueta, en el Sur. Sobre semejante base puede muy bien afirmarse un coloso.

Con sentimientos de alta consideración y profundo respeto, me suscribo de Ud. atento servidor q. b. s. m. (Firmado). *Manuel R. Objío*. (A. G. N. Libro Núm. 21, folio 318, Cop. de Ofic. del Ministerio de Relaciones Exteriores).



abismo que a su carrera política se abría". (Consúltese *Santo Domingo*, por Gaspar Núñez de Arce, págs. 113 y 114).

Muerte del General Polanco. Se sacrifica por el sostenimiento del segundo gobierno del Héroe de Santomé y de La Canela.

¿Cómo murió nuestro Héroe? Corría el 1867 y el 7 de octubre de este calamitoso año reventó en la Línea Noroeste una revolución que se proponía derribar el Gobierno de Cabral y restablecer en el poder a Báez, quien ocuparía por cuarta vez la Presidencia de la República. La revuelta cundía por toda aquella belicosa comarca y por el corazón del Cibao propiamente dicho. El Primer Magistrado de la Nación, José María Cabral, se trasladó a Santiago de los Caballeros. Allí estuvo también Luperón, quien fué a entrevistarse con Cabral. Este quiso que Luperón se hiciera cargo del mando superior del Ejército gubernamental en operaciones, y Luperón era de parecer que ese alto puesto correspondía al Presidente. Luperón se fué para Puerto Plata y Cabral regresó a Santo Domingo. Como en la Restauración, Gaspar Polanco, el valor hecho hombre, hizo el principal papel y se enfrentó impertérrito al enemigo; pero esta vez para caer por siempre debajo del plomo de los españoles como Hungría y Cáceres, y de los baecistas incondicionales que se disfrazaron un día de soldados restauradores, como Rodríguez y Monción. Dice Manuel Rodríguez Objío en la pág. 99 del T. II de su *Gregorio Luperón etc.*: "Concluiremos pues este capítulo con las siguientes palabras de nuestras relaciones en aquellos días: El Presidente Cabral llegó al Cibao bajo los auspicios de la victoria, pero desgraciadamente, concurren con su presencia en Santiago las deserciones de Hato del Medio, Guayacanes y Villalobos. La revolución pudo organizarse, *marchar triunfante a Esperanza, detenerse allí un día ante la espada victoriosa de Gaspar Polanco, herir a éste de muerte y avanzar al fin, hasta Santiago*". La herida de arma de fuego que puso fin a los días del Mártir de Sabana Esperanza fué en un pie, y la bala le incrustó en la articulación tibiotarsiana la estrella de la espuela, objeto que al tocar el suelo recoge el bacilo de Nicolaier, agente específico del tétanos y que pulula en la superficie de la tierra. Hasta la teoría vulgar y falsa, no obstante haber sido sustentada por Verneuil, del origen equino de tan tóxica y terrible enfermedad bacteriana, se objetiva en este histórico caso de la muerte sentidísima del legendario centauro guayubinense. El historiógrafo vegano Manuel Ubaldo Gómez, quien dió pruebas de estar muy bien documentado, y de ecuanimidad, al considerar

la vida de Polanco, delante de la tumba de éste, en el acto celebrado en honor del Héroe por disposición de la *Sociedad Amantes de la Luz*, de Santiago, el 6 de septiembre de 1938, dijo al respecto: "... habiendo tenido la mala suerte de ser herido en un pie, en un combate en Esperanza, y trasladado a La Vega, como medida de seguridad, murió el día 28 de noviembre, habiéndosele tributado los honores correspondientes a su grado y a su dignidad de ex-Presidente de la República, dándosele sepultura en el medio de la Iglesia al pie de la primera grada del Presbiterio, por disposición de las autoridades y de su buen amigo el Padre Moya, en cuya casa murió".

Cuando este luchador entre los luchadores, cuando este bravo entre los bravos, de quien dijo Luperón en la página 276 del T. I de sus *Notas Autobiográficas etc.*, que "era uno de los generales más valientes y arrojados de la República", y que "esperaba (siempre) los mejores resultados de su bravura, que ninguno podía disputarle", descansó para siempre en las fértiles y hospitalarias orillas del Camú, su "cuerpo doblado y desgarrado, de cara fea y enjuta, de color pardo claro, de cinco pies y cinco pulgadas de estatura", según González Tablas, quien hablaba de Polanco con el mismo odio con que hablaron después de Máximo Gómez en Cuba los cronistas militares españoles, debió estar cubierto de cicatrices. Fuera del balazo en Esperanza, que le hirió el pie y lo arrastró a la huesa, tenemos noticias de varias otras heridas que recibió Polanco. En la pág. 9, T. II, de sus *Notas Autobiográficas etc.*, dice Luperón: "... los generales heridos (dominicanos, en la Restauración) fueron Gaspar Polanco (9), en la defensa de las trincheras de Puerto Plata etc.". Y en el Archivo General de la Nación. Guerra y Marina. Leg. 1, Exp. 13, Doc. 4, se lee: "*Polanco, Gral. Gaspar.*— En carta fechada en Sabaneta el 27 de Enero 1866, dice: "Hoy a las 7 de la mañana salí de ésta para Guayubín... En el camino en el lugar nombrado el Paso Hondo, inmediación de la sección de Machete, me han atacado los rebeldes, los que se encontraban apostados en ambos lados del río; estos miserables me rompieron fuego en el cual recibí dos balazos, uno que me pasó un brazo y otro que me hizo una contusión en el costado izquierdo; pero por esto no hay novedad". Polanco era a la sazón "Jefe de Operaciones de la Línea N. O.". (Archivo de Vetilio Alfau Durán).

(9).— Por lo pronto, según nuestro Copiador de Oficios del Ministerio de la Guerra, el General Polanco recibió un balazo en las trincheras de Puerto Plata el 20 de febrero de 1864; el 24 fué el General Pimentel, quien era a la sazón Gobernador de Santiago, a sustituirlo, mientras duraba la convalecencia del General herido, y el 6 de marzo del mismo año se le comunicó a Pimentel que regresara a Santiago, porque el General Polanco ya estaba restablecido,



Conclusiones.

Pero demos ya fin a este trabajo; y para ello cedámosle la palabra al veterano soldado restaurador puertoplateño José Agustín Escarramán y Morrovel; al historiógrafo vegano Manuel Ubaldo Gómez, y al enlutado periódico oficial *El Monitor*, de 17 de diciembre de 1867, salido a luz en esta ciudad a los diecinueve días justos de haber bajado al sepulcro el inmortal Gaspar Polanco.

Habla el restaurador puertoplateño José Agustín Escarramán y Morrovel.

El bondadoso y culto don José Agustín, ya anciano, residía en esta ciudad en la pensión de doña Antonia Flores, la cual se hallaba sita enfrente de la plaza que lleva el nombre del Padre de la Patria. Todos los días, de doce y media a una p. m., salía de su habitación y se iba a sestar en los bancos que convidaban al descanso debajo de los copudos laureles y álamos que tenía entonces dicha histórica plaza. Nosotros nos sentábamos junto a él, a hacerle compañía y a hablarle de Historia Patria, y desde entonces nos fué cara la gloriosa memoria del General Polanco. Escarramán tenía un culto extraordinario, fanático,

(10).— El licenciado don Ml. Ubaldo Gómez Moya afirma que “La prisión de Pepillo, días antes del golpe de Capotillo, fué por delito común” (*Rectificaciones Históricas*, publicadas en *El Observador*, núm. 139, La Vega, diciembre 30 de 1940, p. 2).

En el mencionado trabajo el licenciado Gómez (1857-1941), consigna que al Presidente Salcedo “le perjudicaban las relaciones con una tal doña Luisa, muy española”.

En efecto, el Gobierno Restaurador resolvió en fecha 20 de octubre de 1864, esto es, a los pocos días del desconocimiento del General Salcedo como Presidente de la República, que “se ordene al Sr. Gobernador de esta Provincia haga cumplir la disposición de hacer salir del territorio Dominicano a la Sra. Doña Luisa Arredondo de Pelegrín por convenir así al estado de cosas”. (*Bol. del Arch. General de la Nación*, año 1939, núm. 8, p. 416).

Hay indicios de que la mencionada doña Luisa era en realidad simpatizadora de los españoles. El poeta Eugenio Perdomo, juzgado por un Consejo de Guerra y condenado a muerte el 17 de abril de 1853, consigna en su *Diario*, en sus anotaciones correspondientes al 20 de marzo del año de su pasión y de su muerte: “Se oyen horas hasta las 9, y al dar las diez, un sargento y veinte soldados nos conducen ante la comisión militar, que se encuentra instalada en el salón de Da. Luisa Pelegrín”, “el señor Espaillat (*Pedro Ignacio*) había sido conducido de nuevo al fuerte, a poco de haber llegado al corredor de la casa de Doña Luisa”. (*Clio*, año 1942, núm. 52, pág. 57).

El Teniente Coronel don José Velazco, en el Parte dado al General en Jefe del Ejército Español de Santo Domingo, fechado en Monte Cristi el primero de octubre de 1864, dice: “Después en época distinta han renovado en el Gobierno la discusión acerca de devolver el parlamento y a veces todos los prisioneros, y procurado un arreglo los mismos Sres. Salcedo, Roias y Deetjen, y también Grullon, Glas, Belisario y Ricardo Curiel y Sebastian Valverde, como igualmente el Presbítero Sr. Quesada, que no ha formado parte del Gobierno, pero que tenía en él bastante influencia, como la Sra. Doña Luisa Arredondo de Pelegrín, que ha hecho los mayores esfuerzos por los mismos objetos”. (*Gral. José de la Gándara: Anexión y Guerra de Santo Domingo*. Madrid, 1884, t. I, págs. 431-432). (*Nota de V. A. D.*)

por tan ilustre prócer, y nos decía siempre —¡nos lo repetió mil veces!— en tono de profundo convencimiento y con toda solemnidad: “Yo en la Restauración era *gasparista*, porque el General Polanco fué el prohombre que más hizo por esa gran causa”.

Opiniones del historiógrafo cibaëno Manuel Ubaldo Gómez Moya.

Del discurso pronunciado por el historiógrafo Gómez Moya, delante de la tumba del General Polanco, el 6 de septiembre de 1938, transcribimos ya un hermoso párrafo; copiemos en seguida otros, no menos importantes: “Entre los próceres de la Restauración, ocupa un prominente lugar, sin ningún género de duda, en las primeras filas, el General Gaspar Polanco, Presidente de la República durante la guerra restauradora.....

“Presa de las llamas la ciudad, y con el auxilio de su artillería, el Coronel Cappa pudo romper las líneas de Gurabito y acampar en la Iglesia, comunicándose con los del fuerte. Tal situación produjo en los primeros momentos indecisiones; pero como Polanco no se arredraba por reveses, contando como contaba con hombres de la talla de Luperón, Monción, Tolentino, Salcedo y otros tan bravos y temerarios como él, al siguiente día ya habían surtido sus órdenes los efectos que él se propuso, y Santiago estaba nuevamente sitiada, como antes de la entrada de la columna de Cappa.....

“La actitud de Polanco en los sucesos que dieron por resultado la muerte del ex Presidente Salcedo, ha sido objeto de muchos comentarios; pero ni antes ni después podrá ninguno de sus errores menoscabar su patriotismo, ni la eficacia de su participación en la Restauración de la República.....

“Polanco era un hombre ignorante, pero de buen juicio y de familia distinguida”.

Más errores de Archambault. La palabra oficial del segundo Gobierno del Héroe de La Canela hace el elogio del General Polanco, con motivo de la muerte de éste.

Ahora, para alcanzar por completo el blanco de nuestro intento, en este pobre ensayo apologético del General Polanco, trasladamos el anunciado justo, luminoso y magistral suelto en que el periódico oficial *El Monitor* comunicó la noticia de su muerte, y en que se hizo el elogio del Héroe. Empero antes



Proyecto de Digitalización Academia Dominicana de la Historia

debemos señalar otro gran error cometido por Pedro M. Archambault en *Historia de la Restauración*. Dice Archambault: "Desconcertado el Cincinato dominicano (Bonó) y lleno de vergüenza por aquel odioso crimen de partido (el fusilamiento de Salcedo), el licenciado Bonó no solamente renunció su importante figura en el Gobierno, sino que inmediatamente juró no volver a Santiago mientras viviera y separarse para siempre de la política.

"Bonó, comerciante, abogado, lumbrera y prestigio social, abandonó intereses, clientela y comodidades para asilarse en un villorrio; cumplió obstinadamente su juramento, no pisando más el suelo de su ciudad natal, ni aceptando ningún cargo de ningún gobierno". Pues estas aseveraciones son absolutamente inciertas; mentiras garrafales, exorbitantes e injustificables. La Historia se hace con documentos auténticos y fehacientes; no con consejas de viejos mendaces y ridículos, cuando no venales, so pena de que el investigador pase a ser fábula de las generaciones pósteras, siempre bien informadas, y por tanto, en magníficas condiciones para establecer la verdad y administrar justicia. Pedro Francisco Bonó fué a raíz de la Restauración, esto es, en la Nueva o Segunda República, Ministro de la Suprema Corte de Justicia, alto cargo desde el cual pasó a sustituir a José Gabriel García en el Ministerio de Justicia, Instrucción Pública y Relaciones Exteriores de la última Administración de Cabral, empleos que Bonó aceptó muy complacido y desempeñó con idoneidad y consagración, y en tales circunstancias fué hasta cordial y agradecido compañero del General Gaspar Polanco, ya que éste sacrificó su vida por defender aquella situación política. He aquí el grandioso y consagrado suelto publicado en el número 118 del periódico ministerial *El Monitor*, del 17 de diciembre de 1867, año comprendido en la vicisitudinaria década en que también se desarrolló soberbiamente la gloriosa Guerra Restauradora de la República. Las cuatro páginas de la edición de *El Monitor* dedicada a conmemorar la muerte del General Polanco, fueron impresas con *los cobres volteados*, y valga esta sonante y significativa expresión del lenguaje tipográfico, que equivale a la asimismo exequial y ceremoniosa de la terminología castrense *armas a la funerala*. Transidos de dolorosa y profunda emoción patriótica, descubramonos para leer aquella hermosa y brillante página, escrita en desagravio de los romanos manes del General Gaspar Polanco, sobre los cuales se ha cebado tanto la injusticia de los hombres: "*Duelo Nacional*.— El día 13 de noviembre próximo pasado fué herido en Sabana Esperanza, el bravo y benemérito general Gaspar Polanco, habiendo obtenido un comple-

to triunfo después de su herida. Inmediatamente se le condujo a la ciudad de Santiago y posteriormente a la de La Vega, en donde fué acometido por el tétano que le causó la muerte en la madrugada del 28 de dicho mes.

"En la tarde de ese mismo día se efectuaron sus exequias con toda la pompa y solemnidad que fué posible, aumentando el pesar que dominaba a todos los circunstantes la presencia de su hermano el distinguido general Juan A. Polanco, llegado el mismo día y que tomó el puesto que le correspondía en tan lúgubre ceremonia. Paseado el féretro por la Plaza de Armas, y tributados los honores fúnebres que previene la ordenanza, se procedió a la inhumación del cadáver al pie del presbiterio de la Santa Iglesia parroquial.

"La vida del ilustre difunto es digna de eterna recordación, y más que las pequeñas proporciones de una necrología, reclama su lugar correspondiente en la historia de la Patria, a cuyo servicio se consagró con ardor.

"Nacido en Guayubín por el año de 1818, figuró desde muy joven en las filas de los libertadores de la Nación, y obtuvo desde la primera Era de la República el importante grado de General de Brigada; sus brillantes hazañas con que en calidad de Coronel de Caballería se distinguió en Jácuba y Talanquera, anunciaron su marcha en el sendero de la gloria.

"Apenas estalló la revolución de Capotillo, cuando el bizarro general Polanco, incorporado en las filas Restauradoras, demandaba su parte en los azares y un puesto en los peligros; no pudo menos que reconocerse como caudillo, asistiendo en seguida al combate de Guayacanes. El ordenó el ataque de Santiago, tan funesto al enemigo, y la eternamente célebre persecución de la columna española hasta la ciudad de Puerto Plata. A sus esfuerzos se debió en gran parte la organización del Gobierno Provisorio, a cuya cabeza hizo figurar a Salcedo, eligiendo para sí el difícil cargo de organizar y sostener el cantón de Puerto Plata en donde se batió día por día durante el largo período de 18 meses consecutivos, sin revés alguno, a no ser un descalabro que reparó inmediata y brillantemente. El 31 de agosto de 1864 el enemigo atacó con fuerzas innumerables, y como era consiguiente se apoderó de Cafemba: el hecho de armas tuvo lugar por la tarde, y aquella misma noche el general Polanco, sin otra fuerza que el heroísmo de 40 patriotas, pernoctaba en sus posiciones.

"Por último, derrocado el general Salcedo el 10



de Octubre del mismo año, Polanco fué llamado a ocupar la Presidencia, en la que permaneció hasta el 21 de Enero del año 1865. Entonces fué cuando la Revolución Restauradora cobró todo el vigor que había menester para quedar consumada.

“La vida de ese campeón de la Independencia y de la Libertad, fué brillante y digna de un juicio ulterior más detenido; basta por ahora consignar estos apuntes históricos.

“En cuanto a las luchas civiles, en que por desgracia ha sido fecundo este suelo, baste decir que el

jeneral Polanco ha figurado siempre al lado de los Gobiernos, habiendo dispensado particular amor y predilección al del actual y digno Presidente Cabral. ¡Triste, lamentable es por cierto que grandes hombres, como el que deploramos, sucumban en luchas intestinas, cuando la patria en su gratitud les debía otros destinos y más altas recompensas!”

¡Llor eterno a la memoria de la primera espada de la pujante, fecunda y gloriosa Revolución Restauradora de la inmortal República Dominicana!

PAGINAS DOMINICANAS OLVIDADAS

Colección y notas de C. Larrazábal Blanco

RAIMUNDO RENDON SARMIENTO (*)

(Por X X X)

Emprendemos escribir algunas líneas para consagrar la memoria de uno de aquellos hombres que, impulsados por el deseo de ver independiente y libre el continente americano del poder de España, se lanzaron en el grandioso movimiento que, iniciado en Caracas el 19 de Abril de 1810, no debía terminar sino con la creación de cinco Repúblicas y la emancipación de la América del Sur. El hombre a quien nos referimos es RAIMUNDO RENDON SARMIENTO, oriundo de la isla de Santo Domingo y que desde sus primeros años abrazó con abnegación y profunda fe la causa santa de la independencia de Venezuela. Al hablar de él no podemos prescindir de recordar aquella isla que reconoció el intrépido Colón en su primer

viaje el día 5 de diciembre de 1492, y a la que puso el nombre de Española.

La isla de Santo Domingo, segunda en extensión de las que constituyen el archipiélago de las Antillas, fué dotada por Dios con todas las riquezas y galas que sólo su grandeza y sabiduría podía concebir; encontrándose en ella todas las producciones vegetales, minerales y animales que dan recreo y comodidad al hombre; pero a la par de tanta riqueza, ningún país ha sido tan desventurado como aquél desde los primeros días de su descubrimiento; y alternativamente víctima de sus descubridores, y de sus aliados, y de sus propios hijos, se le ha visto languidecer hasta el punto de considerarse dudosa su existencia como nación con gobierno propio.

(*).— Esta semblanza biográfica, tomada de una obra famosa pero ya rarísima, la ofrece hoy al deleite de los estudiosos dominicanos el licenciado don Carlos Larrazábal Blanco, Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Historia, hoy en Caracas. Hace ya sesenta y siete años que fué reproducida en esta República por el recordado educador y filántropo Pbro. Francisco Javier Billini y Hernández en su BIBLIOTECA POPULAR, año I, núm. 6, Santo Domingo 6 de agosto de 1886, págs. 4-7; este “periódico literario e instructivo” de ocho páginas de pequeño formato, cuyas colecciones son extremadamente raras en nuestras hemerotecas, fué uno de los muchos medios de que se valió el fundador del Colegio SAN LUIS GONZAGA para difundir la instrucción pública. Esta publicación era quincenal y en sus *Condiciones* se lee: “El beneficio que reporten las suscripciones se destinará una cuarta para la Casa de Huérfanos en esta ciudad i las tres cuartas partes a la Biblioteca Popular del Colegio San Luis Gonzaga.” (V. A. D.)

Colón regresa de su primer viaje a España, el 4 de enero de 1493, y queda encargado del mando Diego Arana; pero su conducta y la de los que le acompañan, les hace odiosos a los indígenas, quienes en la desesperación destruyen a sus opresores, sin que quede apenas otro vestigio de su existencia que las ruinas del fuerte en que se guarecían. Vuelve Colón a la isla el 3 de noviembre de 1494 y encuentra destruido lo que había dejado: procura reponer lo perdido y su oposición a que se obligara a los naturales a servir, despierta murmuraciones en los suyos con-

